

A woman with blonde hair tied back, wearing a vibrant red coat and dark leggings, is captured in profile as she walks through a misty, green landscape. The background is a soft, out-of-focus expanse of hills or mountains, creating a sense of depth and atmosphere. The overall color palette is dominated by the red of the coat and the muted greens of the environment.

LOS AUSENTES

JUANA CORTÉS AMUNARRIZ

The logo for Espasa, featuring a stylized lowercase letter 'e' enclosed within a circular arc.

ESPASA

JUANA CORTÉS AMUNARRIZ

LOS AUSENTES



ESPASA  NARRATIVA

© Juana Cortés Amunarriz, 2021
© 2021, Editorial Planeta, S.A.
Ediciones Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. B. 21.300-2020
ISBN: 978-84-670-6127-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Irún, Guipúzcoa, País Vasco
Miércoles, 7 de noviembre de 2007

PARTE I

Leire y Bixen

Todavía no lo sabían, pero recordarían muchas veces esa mañana, la última de una vida que estaba a punto de desaparecer. Parecía un miércoles cualquiera. Había llovido por la noche. Bixen no se había enterado; cuando tomaba Lorazepam dormía profundamente. Ella sí. Leire había escuchado la lluvia golpeando los cristales en diversas ocasiones.

—Compra pan integral —dijo Bixen, asomado a la puerta de la cocina, mientras se ponía la parka.

Leire se volvió. Un mechón de pelo castaño le caía sobre los ojos. Llevaba su pijama de cuadros y sostenía en la mano una taza de café.

—Hoy sales antes —dijo mirando el reloj de la cocina.

Hablaban de cosas sin importancia. No podían imaginar que estaban a punto de perder un tiempo único, irrecuperable.

—Me voy en tren. Seguro que han cortado la carretera otra vez.

—¿Qué ha pasado?

—Ayer por la noche hubo una operación policial en Pasajes. Han desarticulado un comando. Lo he escuchado en la radio mientras me duchaba.

Leire frunció la nariz, en un gesto inconsciente. Sabían lo que significaba una noticia así. Aunque habían quedado atrás los años duros de la *kale borroka*, cualquier intervención contra ETA suponía movilizaciones. Violencia callejera,

barricadas, contenedores quemados, mobiliario urbano destrozado, ataques a sedes de partidos políticos y a edificios institucionales. Lo mejor era andarse con cuidado y evitar las zonas conflictivas.

—No creo que nos dejen dar clase. Aprovecharé para poner al día los temas administrativos que me dan tanta pereza... Espero estar de vuelta pronto —dijo Bixen acercándose a ella para despedirse.

—Un momento...

Leire levantó los brazos y le quitó las gafas. Bixen medía uno noventa y dos, en cambio ella no llegaba al metro setenta. Sin las gafas, los ojos de él, de un color gris oscuro, parecían un poco tristes. Leire se las acercó a la boca y exhaló su aliento en los cristales. Acto seguido, los limpió con una esquina de su pijama de algodón.

—Ya está. No sé cómo puedes ver con las gafas tan sucias.

Él sonrió, como un crío travieso acostumbrado a escuchar siempre la misma perorata, y se colocó las gafas. Está animado, pensó Leire. Faltaba ya poco para la operación, todo iba bien. Al besarle en los labios, sintió el suave cosquilleo que le provocaba siempre el contacto con su barba.

Solo más tarde, al mirar atrás, recordarían cada detalle intrascendente, lo hermoso de aquella indiferencia.

—Acuérdate de la compra —le dijo Bixen antes de cerrar la puerta de la casa.

—Pan integral y yogures desnatados —le contestó Leire.

Roque

Cuando sonó su móvil Roque estaba en una furgoneta Fiat Ducato blanca, en una gasolinera a la salida de San Juan de Luz. Había quedado allí con un tipo, un comercial de una empresa de neumáticos. Aquel hombre viajaba con frecuencia y podía ser un buen contacto para obtener información, contratar pisos o mover armas por toda Francia. Sabían que necesitaba dinero, así que confiaba en que fuera fácil de convencer.

La mañana era oscura, las nubes cubrían el cielo y había en el aire un presagio de tormenta. La calefacción no funcionaba. Se frotó las manos para calentarlas antes de contestar la llamada. Reconoció el número de Azeri. ¿Qué querría ahora?

—El objetivo uno se ha largado.

—Pero ¿qué dices?

—Que el muy cabrón ha puesto tierra de por medio. Llevamos dos días sin saber de él —dijo Azeri cabreado.

Roque miró a su alrededor a través de las ventanillas del coche.

—Me apuesto lo que quieras a que alguien le dio el chivatazo. A saber dónde se ha escondido... A mí me da que a ese no le volvemos a ver el pelo por aquí —continuó Azeri.

Un Renault Clio se había parado junto al surtidor de diésel. Roque se fijó en él unos segundos, hasta que el conductor salió. Tenía el pelo canoso y cojeaba ligeramente. Lo ignoró; aquel no era el hombre que esperaba.

—Tenemos que pensar bien qué hacemos —opinó Roque—. Además, nos han jodido con lo de Pasajes. ¿Los conocías?

—No. Era un comando nuevo.

— Lo mejor será pararlo todo.

—¡Ni de coña!

Azeri pertenecía a las nuevas generaciones. Tenía ganas de comerse el mundo, y quizás por esa razón era tan temerario.

—Mira... No es bueno improvisar, tío.

—No vamos a parar nada.

Niñato de mierda. ¿Quién cojones se cree este para darme órdenes?, pensó Roque. Azeri no tenía ni idea de lo que habían vivido hasta llegar ahí. Creía que todo se arreglaba a hostias. Se mordió la lengua para no mandarle a tomar por culo.

—De acuerdo. Objetivo dos —dijo Roque de mala gana.

Las conversaciones con Azeri solían acabar así, con él haciendo de tripas corazón. Porque las disputas en la banda eran cada vez más frecuentes y eso no les beneficiaba.

—Estamos en contacto —dijo Azeri antes de colgar.

Roque inspiró profundamente para controlar la rabia que sentía. Era consciente de que, después de todos aquellos años, le estaban ninguneando. Más de media vida entregada a la banda y ahora esto...

El golpeteo de unos nudillos en la ventanilla le sobresaltó. El enfado le había hecho perder la concentración, y ese era un lujo que no se podía permitir. Los despistes se pagaban caros. Por suerte, se trataba de aquel comercial al que esperaba. Roque accionó el cierre.

El tipo, un hombre bajito y calvo, se metió en la furgoneta. Parecía un conejo asustado. ¡Vaya fichaje!, pensó Roque mirándolo de arriba abajo.

Bixen

Al llegar a Irún, llovía. Bixen salió de la estación del topo en dirección a su casa. Vivían en una antigua villa en la parte alta de la ciudad, donde hacía años se encontraba la fábrica de chocolates Elgorriaga. Muy cerca estaba el parque Mendibil, que albergaba el conservatorio de música, rodeado de magnolios, laureles y arces. Era un barrio tranquilo.

Caminó bajo la fina lluvia, sintiendo las gotas sobre el cuero cabelludo. Una vez más, se había dejado el paraguas en el despacho. Estaba cerca de su calle cuando se cruzó con Patxi, el dueño del taller mecánico, que vivía en una casa próxima a la suya. Desde hacía algún tiempo su vecino le evitaba. Y, por desgracia, no era el único.

—*Agur* —le dijo Bixen.

Patxi le devolvió el saludo con gesto serio.

Estaba deseando llegar a casa, quitarse la ropa mojada y relajarse. No había tenido un buen día. Un grupo de radicales había reventado su clase. Entre insultos y amenazas, habían echado del aula a los pocos alumnos que se habían atrevido a acudir. Un día más de enfrentamientos y nervios, de dar la cara para qué, si no parecía que fuera a cambiar nada.

Estaba a unos cien metros de su casa. Sostenía las llaves entre los dedos de la mano derecha, que llevaba en el bolsillo. Concentrado en sus pensamientos, no reparó en los dos hombres que estaban en el interior de un Ford Focus

de color gris. ¿Habría esa noche con Leire? ¿Se decidiría a contárselo? Ya habían pasado varios días y... Quizás durante la cena.

El hombre que estaba en el asiento del copiloto salió del coche y dejó la puerta abierta. Miró a ambos lados de la calle. Tras comprobar que no había nadie, se cubrió la cabeza.

Bixen sintió pasos a su espalda. Se volvió. El pasamontañas le asustó, y dio un traspiés, confundido. Sintió la presión de la pistola clavada en su estómago.

—Bixen Alzola —dijo el encapuchado.

Paralizado por un miedo intenso, Bixen permaneció inmóvil. Reparó en que un segundo hombre, también encapuchado, había salido del automóvil.

Esto está pasando, se dijo. Está pasando de verdad.

Aquellos iban a ser sus últimos segundos de vida. Se preparó para recibir el impacto de la bala y el olor de la pólvora; para sentir el dolor horrible de su vientre desgarrado, de sus entrañas abiertas. Se doblaría en dos, sintiendo los intestinos calientes, la sangre en las manos. Presionaría la herida con todas sus fuerzas. Imaginó el charco granate que dejaría en el suelo y que alguien cubriría con serrín o limpiaría con una manguera horas después. Se preguntó si la huida de sus asesinos sería lo último que viera. Si moriría con los ojos abiertos o cerrados.

—¡Vamos, joder!

El hombre que le apuntaba con el arma, golpeó su hombro, utilizando la mano libre. Le empujó hacia el coche.

—¡Venga! —dijo tirando de Bixen.

El conductor había abierto el maletero. Lo metieron dentro. Bixen tuvo que flexionar las piernas, pegándolas contra su pecho. Se golpeó el codo y un latigazo de dolor recorrió su brazo, hasta el hombro. Se le saltaron las lágrimas. Cuando la puerta cayó sobre él, quedó sumido en la más absoluta oscuridad.

El coche arrancó suavemente. Se alejó bajo la lluvia en dirección a la avenida de Iparralde, la vía de salida de la ciudad más cercana. Todo había sucedido en tan solo unos minutos.